

ACOMPañAR EN LOS MORDISCOS
POR QUÉ PASA, QUÉ HACEMOS, CÓMO LOS PODEMOS AYUDAR Y
OTRAS CUESTIONES QUE NOS DESPIERTAN ESTOS
COMPORTAMIENTOS

Raquel Oropesa y Nora Hernández Herrera

ARTICULO REVISTA INFANCIA 195 (Asociación de Maestros Rosa Sensat de Barcelona)

Los mordiscos en la escuela infantil a veces generan situaciones que son difíciles de acompañar porque generalmente producen sufrimiento a todas las partes implicadas.

Hay mordiscos esporádicos que son más bien exploratorios; en estas, el niño prueba qué pasa cuando muerde, del mismo modo que probaría qué sucede cuando pone el dedo dentro de un agujero. Pero también hay otros mordiscos que se dan de forma más reiterada y que no surgen de la propia exploración, sino que pueden formar parte de algún tipo de descarga emocional o estar relacionados con otros factores.



Cuando los mordiscos son reiterados pueden generar situaciones incómodas con las familias, y las profesionales podemos tener sensación de culpa, de impotencia y responsabilidad. Encontrar recursos que nos ayuden a acompañarlos y minimizarlos, así como dar respuestas que ayuden a

proteger a todas las partes implicadas, se convierte en un gran reto a lograr.

La socialización entre iguales en la escuela infantil es difícil de gestionar para algunos niños, porque madurativamente todavía no están preparados para esta socialización secundaria (fuera del núcleo familiar). Sí, es cierto que muestran interés en observar a otros niños, en disfrutar de pasar ratos con algunos compañeros y en acercarse a ellos, pero este interés no significa que estén preparados para una convivencia entre iguales que los obliga a regirse por ciertas normas y convenciones sociales mientras están alejados de su familia. Evolutivamente se encuentran en un momento madurativo egocéntrico y por lo tanto entienden el mundo a su manera, les es imposible sentir empatía y entender las necesidades y emociones del otro. ¿Esto quiere decir que les tenemos que dejar hacer lo

que quieran y cómo quieran? No, esto quiere decir que tenemos que ofrecer un modelo y un acompañamiento en estas normas y valores sociales, pero entendiendo en qué punto están y sin juicios ni etiquetas.

Teniendo en cuenta estos dos factores que hemos expuesto y por la simple convivencia entre niños con pocos adultos acompañándolos y compartiendo espacios y materiales, las escuelas infantiles reúnen todos los ingredientes para ser un lugar donde afloran conflictos en el día a día y donde la expresión de la emoción de manera impulsiva se multiplica. A veces, en estos conflictos aparecen golpes, empujones, tirones de pelo o mordiscos, acciones impulsivas que generan malestar por sus consecuencias. Estas consecuencias son más evidentes en los mordiscos, puesto que dejan una huella evidente.

¿Cómo actuamos en la escuela?

A pesar de que son situaciones recurrentes de cada curso es un hecho que en ningún caso



es deseable y que siempre aporta dolor a todas las partes, a la de los niños que son mordidos, a la de los que muerden y a la de todas las partes implicadas -familia y escuela-. Obviamente la ratio no nos ayuda, pero también son incidentes que a menudo pasan en décimas de segundo, difíciles de predecir y controlar. Aún así,

entendemos el malestar que generan y desde la escuela hacemos todo lo posible para ocuparnos de estas situaciones.

Con los niños que han mordido

Intentamos tomar medidas preventivas: Nos centramos en las situaciones donde se generan más los mordiscos para así intentar aplicar el principio de prevención anticipándonos a lo que creemos que puede pasar.

Límites claros, pero cuidando la forma de aplicarlos: Los mordiscos han de acompañarse de límites muy claros; en la escuela no está permitido hacerse daño a uno mismo, ni a los demás; velamos para que sea un espacio donde todos nos sintamos cuidados y seguros. Lo hacemos desde el máximo respeto hacia cualquier niño o niña. Es por eso, que cuidamos el tipo de lenguaje que utilizamos evitando hacer uso de expresiones que impliquen una carga emocional del adulto tipo: “No me gusta que muerdas”, “Me haces enfadar mucho cuando muerdes”, “¿Es que no ves que le haces daño?”.

Siempre hay que expresar el límite con claridad y firmeza, pero vemos más conveniente utilizar frases que describan y ayuden al niño a recordar la norma: “esto le hace daño”.

Espacios para proteger a unos y a otros: Cuando la energía está más desbordada,

buscamos alternativas de espacio de juego: también queremos proteger al niño que no puede controlar todavía sus impulsos. Para él tampoco es agradable provocar acciones con consecuencias desagradables, así que lo acompañamos con un mensaje tipo: “Veo que ahora es difícil para ti compartir este momento con tantos niños; te he preparado este lugar”. Se trata de acciones alejadas de un castigo, crear espacios de juego para proteger, permite cuidar a unos y a otros desde una perspectiva más amorosa.

Ofrecer una alternativa para morder: Cuando recordemos la norma, valoremos si es adecuado o no ofrecer una alternativa para morder como, por ejemplo, hacer uso de mordedores u otros objetos. La acción de morder en si no es negativa, si no se hace daño a nadie, nadie juzga que sea malo morder una manzana.

No les pedimos responsabilidades: No creemos que los niños tengan que hacerse cargo de la situación, dar un besito o pedir perdón no tiene sentido para ellos y no repara la acción. Más bien integran que, cuando pasa una cosa, después tiene que venir la otra, y nos encontramos situaciones en que muerden y automáticamente piden perdón o quieren besuquear al otro niño que, dolido, no acepta los besos -normal-. La acción la tenemos que reparar los adultos, ofreciendo un modelo que ayudará a que ellos lo entiendan cuando madurativamente estén preparados.



La acción la tenemos que reparar los adultos, ofreciendo un modelo que ayudará a que ellos lo entiendan cuando madurativamente estén preparados.

Con los niños que han sido mordidos

Proteger con un límite físico: Siempre intentamos proteger del mordisco con nuestro brazo o mano para evitar que se acabe de producir el mordisco al pequeño.

Acompañar el momento de dolor a través del cuidado: Siempre que hay un mordisco dedicamos un tiempo a acompañar la emoción del niño que lo ha recibido, con palabras amorosas, empatía y las curas necesarias para aliviar el dolor: agua fría, crema, masaje...

No dramatizar para poder empoderar: Les podemos hacer de espejo describiendo la situación que ha tenido lugar: “Veo que te han mordido, te debe haber hecho daño”. La resiliencia, la capacidad de sobreponerse y adaptarse, sólo se puede dar cuando la persona no se sitúa en una posición de víctima. Lo empoderaremos ayudándolo a encontrar palabras o acciones que le permitan protegerse: “Me estás haciendo daño” o “No me gusta”, poner la mano, irse a otro espacio... Conviene que sientan que les creemos capaces de protegerse a través de varias estrategias.

Preguntas frecuentes que surgen de las familias:

¿Es el mismo niño que muerde? ¿Es sólo a mi hijo?

Ni es sólo un niño el que muerde ni lo hace sólo al mismo niño. ¡Si así fuera, todo sería mucho más fácil de evitar! Desgraciadamente, los mordiscos se dan varias veces y por diferentes motivos: en medio de un conflicto, como descarga emocional, para defender un objeto, en un intento de relación que se les escapa de las manos...

¿Se está aplicando alguna medida correctora?

La filosofía de nuestra escuela rehúye el castigo o las medidas correctoras. Lejos de lo que tradicionalmente estamos acostumbrados, que nos ha hecho creer que los niños aprenden a comportarse a través del castigo o el premio, sabemos que no tan sólo no es así, sino que, con estas prácticas que no son efectivas, en el mejor de los casos lo que conseguimos es una conducta “domesticada” cómo aquel quien dice, con efectos colaterales bastante negativos en el desarrollo de la personalidad -frustración, baja autoestima, pobre inteligencia



emocional y pobre manejo de las emociones...-. Estas medidas conductistas no aportan nada al aprendizaje de los niños respecto a conductas de socialización.

En la escuela el límite de no hacer daño a los otros es siempre claro y contundente.

¿Se está informando a la familia del niño que muerde?

Cuando los niños muerden, en la mayoría de los casos las familias lo saben sin que nosotros se lo expliquemos. Obviamente son temas que se tratan, y a menudo las familias de los niños que muerden lo pasan realmente mal con esta situación. Uno de los pilares que fundamentan la relación entre familia y escuela es la confianza, y nos basamos en un principio de transparencia para conseguirlo. Este tipo de situaciones son debidamente informadas a la familia y acompañadas.

¿Qué les decimos cuando hablamos en casa?

Cuando habláis en casa, ya hace mucho rato que la situación se ha producido y para ellos es más descontextualizada. Puede ser que os enseñen donde le han hecho daño o que os digan quién ha sido, podéis hacer preguntas para comprender cómo ha vivido la situación o ver como está, pero no para indagar ni para “hacer justicia”, en ningún caso esta actitud

reparará la situación. Podéis tratarlo describiendo lo que ha pasado cómo haríais con cualquiera otro accidente: “Veo que te han mordido aquí; te debe haber hecho daño; ¿te han puesto agua o crema? ¿Te ha pasado rápido?”

¿Mi hijo muerde o morderá también?

Cada niño es único y no podemos predecir qué hará en un futuro, en este u otros aspectos de su desarrollo. A veces lo hacen de manera anecdótica como una nueva experimentación, prueban qué pasa y no lo vuelven a hacer más, y otras veces lo hacen de forma más reiterada. El niño no necesariamente imitará esta conducta ni aprenderá a “defenderse” a través de ella. El registro emocional que deja un mordisco en el niño que lo da no es agradable. Cuando un niño muerde en repetidas ocasiones, no lo hace como un juego, ni por imitación; lo hace porque realmente no lo puede contener.



El mordisco surge de un impulso incontrolable que, a medida que el niño tiene más capacitado de autorregulación, se va diluyendo. La capacitado de autorregulación es un proceso madurativo que requiere tiempo. Los niños que muerden lo dejarán de hacer más adelante y la experiencia nos ha demostrado que no focalizarlo cómo algo negativo y

acompañarlo de la manera que exponemos es lo que más beneficia en estas situaciones.

“Todos tenemos impulsos destructores que pueden aparecer en un momento u otro en una situación de estrés. Si observamos el comportamiento de la gente en el tráfico tendremos una buena muestra. La cuestión es que hacemos con estos impulsos.

Los niños tienen que saber que no hay nada que esté mal en ellos, que sólo tienen una dificultad y que tienen que hacer un proceso de aprendizaje, tienen que conocer estos impulsos y desarrollar estrategias para canalizarlos de una manera adecuada socialmente.”

Sonia Kliass, 2021

Entendemos que son situaciones angustiosas que crean miedos, culpas y que remueven a niños y adultos. Pensamos que es importante transmitir a las familias que, desde la escuela, asumimos nuestra parte de responsabilidad y nos ocupamos de la situación con todos los recursos a nuestra disposición.

Raquel Oropesa y Nora Hernández Herrera, EBM Petit Univers, Barcelona.

Bibliografía:

Kliass, Sonia: El arte de poner límites, Barcelona: ing Edicions,, 2021.